

## EL P. RAMIREZ ESCRIBE SOBRE ORTEGA \*

por GUILLERMO FRAILE, O. P.

¿No es verdad, amigo lector, que a usted le encanta leer a Ortega y Gasset? A usted le gustan los conceptos claros, bien definidos, tallados con precisión de camafeo. Sabe paladear la belleza de un estilo fluido, limpio, castizo, que se desenvuelve con ritmo juvenil de *andantino sostenuto*. Sonríe levemente cuando tropieza de improviso con la gracia fresca de un adjetivo exacto, de una metáfora justa, que se levanta con sorpresa de alondra mañanera sobre los pardos surcos de Castilla. Usted, lector asiduo de literatura moderna, sabe apreciar el mérito de unas cuantas palabras bien combinadas, redes impalpables en cuya sutileza queda apresado, sin esfuerzo aparente, el vuelo trémulo de unos conceptos que más de una vez usted había intentado en vano capturar. Lo que usted sentía, y no había sido capaz de expresar, lo encuentra de pronto, temblando como una gota de luz, en el fanal transparente de una metáfora feliz.

Cuando usted lee a Ortega escucha un lenguaje filosófico inteligible. Usted siente un indefinible estremecimiento, al ver que los conceptos más abstrusos parecen brillar con silencioso chisporroteo de joya. Usted se complace en ver las ideas más difíciles irse desanillando, sin ruido y sin prisa, y ascender como espirales ingravidas en el azul del pensamiento. Usted se siente guiado, con suavidad, pero con firmeza, por una mano experta que en los anaqueles del museo de la Historia le va mostrando momias que parecen revivir al contacto con la varita mágica de una palabra de luz. Admira usted una filosofía que no se deja petrificar en fórmulas anquilosadas, sino que busca para vestirse el retal más polícromo de la moda de cada día.

Pero, bueno, ¿no es cierto también que, después de una lectura prolongada, usted acaba por aburrirse un poco de Ortega? Usted se adentra por el tupido bosque de los seis volúmenes de sus Obras completas. A cada paso queda sorprendido por el raudo aleteo de un problema fi-

---

\* RAMÍREZ, Santiago, O. P., *La Filosofía de Ortega y Gasset*. Barcelona, Editorial Herder, 1958.—474 p.

«Salmanticensis», 5 (1958).

losófico, que salta y emprende su vuelo. Se ha dicho que Ortega posee como nadie el arte de levantar las piezas, pero que carece de decisión para seguir las y cobrarlas. Algo de esto sucede, sin duda, porque usted, que emprendió el paseo, o la lectura, con la esperanza de una copiosa cacería, lo termina con los nervios un poco tensos, pero también con un leve sentimiento de desilusión ante la parvedad de la cosecha efectiva.

Ortega usa y abusa del juego de tener en suspenso al lector entre sugerencias, alusiones y elisiones, prometiendo desarrollos que no llegan nunca, remitiéndolo de unas obras a otras, y después de las otras a las unas, dejando siempre abiertos los problemas planteados, sin que se llegue a ver por ninguna parte la solución. Carece de la constancia necesaria para seguir un tema a través de todas sus vetas, coyunturas y articulaciones, desarrollándolo en debida forma y llevándolo hasta el final. En el bien trinchar se conoce al buen trinchar, y al buen dialéctico en el momento de dividir. La comparación no es nuestra, sino de Platón.

Su filosofía es más bien un modo de filosofar. No define, sino observa. Deja pasar los grandes temas filosóficos, empenachados y solemnes, en vistoso desfile, para contemplarlos desde su cómoda ventana de espectador. Pero no se compromete con veredictos de tribunal supremo. Es una filosofía ágil, alegre, deportiva, que se complace en hacer saltar a cada paso el vuelo tornasolado de bellos pájaros, pero que se ahorra la ingrata tarea de perseguirlos, y la atrocidad de disparar sobre ellos para cobrarlos.

De suerte que el paciente lector, por mucho que le encante la vistosidad del panorama, acaba por cansarse de tantas promesas incumplidas. El mismo Ortega no recata un poco de despecho cuando recaba para sí la paternidad —sin duda efectiva en muchos casos— de ideas que después se han difundido ampliamente por la geografía ideológica europea de los últimos años. Pero tampoco puede negarse que lo que en Ortega no pasa de ser un atisbo, a veces genial, un certero grito de alerta mariner, en otros autores es una realidad desarrollada en debida forma hasta llegar a las últimas consecuencias. El sagaz y afortunado ojeador de vistosos faisanes filosóficos, ha tenido que pasar por la amargura de que sus piezas, después de levantadas, hayan sido cobradas por otros cazadores menos indecisos.

Ortega más que en hacer filosofía, se ha complacido en practicar un modo de filosofar. Más que en llegar a un término, se ha preocupado en entretenerse en el camino. Pero bien sabido es que el movimiento mismo carece de razón de ser si no conduce a alguna parte. Y que la filosofía es una denominación genérica, dentro de la cual están comprendidas numerosas partes de la ciencia, cada una de las cuales se plantea problemas específicos sobre la realidad. Y que el mundo, el hombre y Dios, es decir, toda la realidad, con toda la riqueza temática involucrada en ca-

da uno de esos grandes enunciados, ha sido el objeto de los desvelos de los grandes nombres de la filosofía durante veinticinco siglos.

No se filosofa en abstracto, ni en universal. La Filosofía debe hacerse sobre temas concretos y particulares, que se reparten todos los variadísimos campos del *scibile*. Filósofos de todos los tiempos y de las más diversas nacionalidades se han dedicado, en dura labor de siglos, a desentrañar los problemas externos del cosmos y los internos de su propio ser, y también los que plantean las realidades que están más allá del cosmos y del propio ser de cada uno.

Pero, cuando después de las singladuras del largo y agradable periplo marineramente en la empavesada nave pilotada por Ortega, se nos ocurre preguntarnos en concreto: ¿qué puedo yo decir ahora del mundo, de mí mismo, de mi alma, del conocimiento, de la moralidad, del ser..., de "Dios?", es decir, de los grandes temas clásicos de toda verdadera Filosofía, es posible que no falte alguno a quien le asalte la sospecha de que la navegación no ha sido excesivamente pródiga en resultados. Ha aprendido muchas cosas, muy bellas y admirablemente dichas, pero entre ellas quizá, quizá, lo que menos ha aprendido ha sido Filosofía.

El caso es que, al terminar de leer a Ortega, y al hacer un balance de los resultados adquiridos, nos encontramos con que no sabemos si Dios es personal o impersonal, si existe o no en la realidad, si no es más que una ficción kantiana de nuestra mente, o una virtud cósmica silente desparramada por todo el Universo. Tampoco sabemos si nuestra alma, en caso de tenerla, es espiritual, o es el producto de una evolución que, de pronto dió un salto brusco y arrancó la razón de la materia como la chispa de un pedernal. Tampoco sabemos si esa alma es inmortal, o si estará destinada a disolverse junto con el soporte de su cuerpo. Ni menos si nuestro «yo» vital intransferible está llamado a un destino eterno, conquistado por una vida ajustada a la norma objetiva de la moralidad. O mejor dicho, hemos podido leer que esa bienaventuranza eterna de que habla el cristianismo no es más que un delicioso cuadrado redondo, y que una vida que deje de ser movimiento, drama, lucha interior, problematización, ni siquiera puede llamarse vida.

Lo que quizá nunca habría esperado Ortega, aunque lo hubiera llegado a ver si la muerte se hubiese retrasado sólo unos meses, era una crítica de su pensamiento desde el punto de vista más opuesto a su actitud filosófica. Es decir, una crítica de su filosofía desde el campo de la filosofía escolástica, realizada precisamente por el máximo exponente que hoy tiene la última dentro y fuera de nuestras fronteras.

No sabemos cómo habría reaccionado Ortega ante esta crítica, en que se ponen en tela de juicio sus ideas filosóficas, después de entresacarlas pacientemente del conjunto de sus obras, y de darles orden y por lo menos apariencia de sistema. Pero sí nos imaginamos lo que pensarán no

pocos, de este singular torneo, en que se colocan frente a frente dos primerísimas figuras, representativas de dos tipos completamente distintos de filosofía. Es posible que, al abrir el libro, esperen encontrarse con algo así como una especie de duelo entre el león y la mariposa, o con el intento de cazar libélulas a cañonazos.

Hay quienes piensan que un filósofo escolástico es incapaz, por esencia, de captar los sutiles matices de una filosofía que rehuye someterse a la rigidez de la lógica aristotélica. Que escapa al encasillado en categorías prefabricadas. Que es toda ella vibración, movilidad, temporalidad. Que se desarrolla al filo del desenvolvimiento de la vida, sin sujetarse a planes ni programas esterilizadores.

Pero tampoco es prudente precipitarse a lanzar prematuros veredictos de incapacidad, cuando se trata de un escolástico determinado; que trabaja en una celda circundado por todas partes menos por una de los libros de una riquísima biblioteca particular, que tiene una mente alerta, vigilante y siempre abierta durante muchos años a los vaivenes del pensamiento europeo, y que, si actualmente reside en Salamanca, cuna de la segunda escolástica, antes rodó largos años por Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Estados Unidos, y que, manteniéndose firme en una sólida posición ideológica, es un espíritu amplio y acogedor, que constituye la más perfecta antítesis de la cerrazón mental que, por definición, se suele atribuir a los escolásticos.

Pues bien, el P. Santiago Ramírez ha abordado la no menguada empresa de enjuiciar la filosofía de Ortega. ¿Razones? El sabrá las que ha tenido en particular. Pero a poco que demos un vistazo en torno nuestro, aunque no sea más que como simples espectadores, creemos que han sido poderosas y objetivas. Todo el que conozca un poco la filosofía de Ortega, y no se detenga a mariposear entre sus metáforas, sino que sepa calar un poco adentrándose en lo que con ellas intenta decir, hallará un pensamiento bien definido, una orientación filosófica clara, pero a la vez un conjunto de ideas fundamentales que, por mucho que se extreme la benevolencia, hay que convenir en que están en franca oposición con las enseñanzas de la filosofía cristiana y de la Iglesia católica. Y también, todo el que se preocupe de hojear de vez en cuando nuestras revistas literarias y filosóficas, si no está ciego, puede ver el enorme influjo que el pensamiento de Ortega tiene actualmente en la juventud española. Ante este hecho no cabe cerrar los ojos. ¿No será una grave responsabilidad, para quienes pueden hacerlo, dejar a esa juventud abandonada y expuesta a caer en las redes doradas de una filosofía llena de peligros para su fe y para su formación intelectual? No se trata de adoptar actitudes inquisitoriales, ni de prescindir de los escasos valores que nos ofrece nuestro panorama intelectual, sino de sopesarlos, para admitirlos con el debido discernimiento.

¿Que hay que tener a toda costa un gran filósofo español? ¡Qué más quisiéramos nosotros tener, no uno, sino muchos! Pero si por esta vez se malogró la esperanza, ¿qué le vamos a hacer? No por eso se ha agotado la cantera del intelecto nacional, y habrá que tener paciencia para esperar el advenimiento del mesías que esta vez no quiso llegar. Y lo malo es que si no llegó, no fué por falta de dotes intelectuales de primera categoría, que las tuvo sobradas, sino porque esas mismas dotes excelsas derivaron por derroteros que invalidaron en gran parte la labor que su poseedor pudo y no consiguió llevar a término feliz.

En Filosofía, como en todo lo demás, la caridad es una norma suprema, que obliga al cristiano para con sus amigos y para con sus enemigos. Pero en Filosofía también tiene derechos imprescriptibles la verdad. Bien está el respeto a todos los opinantes. Pero no a todas las opiniones. En Filosofía caben muchas cosas, y bien sabe Dios la holgura de su seno para albergar las actitudes más dispersas y contradictorias. Pero lo que difícilmente tiene cabida en una auténtica Filosofía son las mezclas de café con leche. Bien están en literatura las revistas de blanco y negro. Pero en Filosofía corremos el peligro de que lo negro y lo blanco acaben por fundirse en una insoportable sinfonía en sucio tono gris. Todavía tiene aplicación el sonsonete del viejo Parménides: lo que es, es; y lo que no es, no es. Y conste que nadie, y menos un historiador, puede defender una Filosofía separada en trincheras de «ellos» y «nosotros». La Filosofía no es una guerra entre filósofos, sino un producto de la labor colectiva en que unos y otros, a golpes de aciertos y de errores, van edificando el templo de la Sabiduría. Lacordaire ha dicho que el error son las hojas caídas del árbol de la verdad. Y de Santo Tomás es la frase de que, aunque el error nunca se puede aceptar, sin embargo hay que ser agradecidos incluso a los que se han equivocado, porque nos sirven de ejemplo para preservarnos de incurrir en sus mismos errores.

Pero la democracia no es buena fórmula para aplicarla en Filosofía. Bien está la tendencia moderna —bueno, tan moderna como el Evangelio: *ut unum sint*— a ir atenuando las diferencias que dividen a los hombres entre sí. Pero lo que no puede admitirse es la zapa ni el adelgazamiento de los linderos que separan el bien y el mal, el error y la verdad, ni las delimitaciones pascallianas entre el más acá y el más allá de los Pirineos. Adoptar posiciones semejantes sólo obedece a falta de convicción interna y a no estar muy seguros de la propia verdad, o a escasez de valentía para mantener las propias posiciones. La postura de espectador puede ser muy cómoda y elegante para quienes piensan que la elegancia es displicencia. Pero no es la *theoria* aristotélica, pues la verdadera contemplación no es desinteresada ni desapasionada, sino que debe arrastrarnos y comprometernos con la verdad. La verdadera filosofía sabe algo de congojas kierkegaardianas ante la elección. Pero sabe

también que a todo puede renunciarse sin angustia, cuando se ha encontrado y cuando se está seguro de poseer la verdad.

El P. Ramírez se ha propuesto enjuiciar el pensamiento de Ortega, no desde su propia filosofía, sino desde los principios de la filosofía cristiana y contrastándolo con el dogma católico. Para ello era indispensable presentar previamente una síntesis ordenada del pensamiento orteguiano, sobre el cual habría de recaer el acto del juicio. A fin de formar esa síntesis ha realizado una rebusca minuciosa por todas las obras de Ortega, entresacando lo que en ellas hay de estrictamente filosófico. Ortega fué un escritor polifacético, de una asombrosa curiosidad, abierta a los temas más dispares. Por esto gran parte de sus escritos, aún siendo sumamente valiosos, no tenían por qué entrar en la selección filosófica intentada por el P. Ramírez, aunque pueden ser objeto de otras sugestivas antologías, más agradables que la presente.

¿Refleja la síntesis hecha por el P. Ramírez, el pensamiento orteguiano? La respuesta brota por sí misma, en cuanto que en toda ella quien tiene exclusivamente la palabra es el mismo Ortega. Pero, ¿refleja el sistema orteguiano la estructuración ordenada que de esos textos ha hecho el P. Ramírez? No faltará quien piense que habría sido mejor dejar esos textos cada uno en su lugar, para que sus aristas no se destacaran tan bruscamente, amparadas por la bruma un poco difusa de un contexto que lima sus asperezas. En cambio quienes opinan que la filosofía no es un caos, sino un orden que debe corresponder al orden de las cosas en la realidad, piensan también que el clima de la verdadera filosofía no es la caliginosidad, sino el cielo abierto y la claridad mediterránea reverberando a pleno sol, claridad que, por otra parte, siempre tuvo las preferencias de Ortega.

Si Ortega tuvo un sistema, como él mismo proclamó repetidas veces, y como lo siguen proclamando sus discípulos, es muy fácil verificar si la ordenación establecida por el P. Ramírez responde o no a su pensamiento. Todos saldremos ganando con que se le opusiera el verdadero retrato de ese mismo pensamiento, con perfiles netos y exactos, tal como se desprende de sus textos, y desde luego dando una marcada preferencia a lo que él mismo publicó en su vida, que ciertamente no fué corta. Si no fuera posible hacer la síntesis del pensamiento de cualquier autor, los historiadores de la filosofía harían bien en dedicarse a cualquier otro menester.

¿Que hay quienes hubieran preferido que muchas afirmaciones de Ortega no hubiesen saltado escuetas y desnudas al primer plano, y que hubieran quedado discretamente disimuladas y envueltas entre la floresta de frases vagas y vaporosas? Están en su derecho. Pero el error siempre puede hacer daño, esté donde esté. Y ese daño puede ser tanto mayor cuanto más difícilmente se le perciba. La copa de oro y las galas

del estilo no desvirtúan, sino que pueden aumentar el peligro de lo que dentro de ellos se puede mejor agazapar.

Mal asunto para una filosofía cuando tiene que refugiarse en el cómodo recurso de una disciplina del arcano, como reservada a la capacidad de comprensión de un cenáculo esotérico de iniciados. Las palabras son un buen instrumento, con el cual expresamos, mejor o peor, nuestras ideas. Y si una expresión es incompleta o deficiente, lo normal no es que se deba echar la culpa al Diccionario de la Real Academia Española, sino al que no es capaz de utilizarlo para hacerse entender debidamente. Lo cual no se da ciertamente en Ortega, ricamente dotado de espléndidas dotes, difícilmente superables, de expositor. Luego, si en su obra escrita, cualquier persona medianamente preparada, no es capaz de aprehender el sentido de lo que dice, o es que el autor no pudo, o no lo quiso revelar, reservándose para sí y sus allegados la clave secreta de sus íntimos pensamientos.

Por nuestra parte creemos que no es Ortega de los autores más difíciles de comprender. Y una vez recortadas y definidas sus proposiciones fundamentales, tal como aparecen y se desprenden de sus propias palabras, sin diluirlas en la fronda de explicaciones advenedizas, creemos también que cualquier persona tiene el derecho, y hasta en ciertos casos la obligación, de pronunciar su juicio sobre ellas, con la única condición de mantenerse en un plano de verdad y de objetividad. Negar esto equivaldría privar al hombre de su más específica prerogativa, que es la facultad de juzgar.

Y en esto no tiene lugar el escándalo farisaico, porque esta prerogativa se ejerce y se ha ejercido siempre por tirios y troyanos. Y no fué precisamente el mismo Ortega quien la dejó más inactiva. Lo extraño es que algunos que consideran la libertad de pensamiento como presea inalienable del hombre, y que la ejercitan ampliamente frente a ciertos tipos de filosofía que no son de su agrado, no tienen a menos aceptar con beatífica mansedumbre las riendas doradas, sutiles y evanescentes de otros magisterios intelectuales.

¿Ha salido ganando o perdiendo Ortega con la exposición del P. Ramírez? Nosotros diríamos que ha perdido vaguedad y nebulosidad, y que ha ganado coherencia, claridad y vigor sistemático. Cualquier persona puede ahora saber lo que pensó y dijo sobre los temas fundamentales de pensamiento, y también lo que no quiso, o no pudo decir. Esto, y no otra cosa, es lo que cualquier historiador de la filosofía hace con todo filósofo, el cual entra en el campo de su jurisdicción desde el momento en que expone sus ideas en la plaza pública del libro.

Hay que reconocer que la crítica del P. Ramírez es dura, si bien para pronunciar su fallo no lo hace desde su punto de vista particular, sino siempre contrastando las afirmaciones de Ortega con las enseñanzas de

Santo Tomás y de la Iglesia católica. Pero dureza no arguye falta de objetividad, si las proposiciones en litigio merecen efectivamente los calificativos que se les aplican. Por esto, si bien ha prescindido deliberadamente de adornar su libro con un fácil catálogo bibliográfico, no ha podido menos de hacer figurar al frente de su obra las siglas de los documentos teológicos y pontificios a que se refiere. No se trataba de examinar lo que otros han dicho de Ortega, sino de enjuiciarlo en sí mismo. Y que este juicio se ha querido apoyar en las máximas garantías de objetividad lo demuestra el copioso Índice orteguiano, en que figuran repetidamente citadas todas y cada una de las obras de Ortega.

Por lo demás, si el P. Ramírez es duro en su crítica, esto no le impide reconocer los méritos extraordinarios de Ortega con frases en las que no recata su estima y su admiración hacia sus preclaras dotes intelectuales. «Yo creo que Ortega es por lo menos de una talla intelectual tan grande como Dilthey y Heidegger, y que es muy capaz de haber encontrado por sí mismo gran parte de lo que aquéllos habían hallado ya» (p. 196). «Lo que pasa es que tanto Dilthey como Heidegger —sobre todo este último— han inventado una terminología especial y complicada que da la sensación —aparente— de novedad y profundidad, mientras que Ortega ha preferido hablar *en castellano*, es decir, con los términos corrientes de nuestro léxico vulgar; y por eso algunos se quedan boquiabiertos ante aquéllos y desprecian a éste, cuando en realidad deberían darle las gracias por haber empleado un lenguaje inteligible» (p. 197). «Ortega revela poseer un talento filosófico de primer orden, pero más bien en sentir y percibir profundamente los problemas filosóficos que en resolverlos certeramente. Pocos hombres se han percatado y han sentido tan hondamente como él el problema filosófico del momento actual. Vibra y hace vibrar al lector. Ni Dilthey ni Heidegger han logrado darle tanto dramatismo. Su fondo filosófico parece oprimido y sofocado bajo la pesada armadura del estilo plúmbeo de ambos filósofos germanos. En cambio Ortega tiene el arte de poner sus entrañas palpitantes al descubierto y de mostrar su raíces al aire» (p. 364).

Por nuestra parte nos atreveríamos a formular un deseo. Tal como está redactada la sección primera de la segunda parte, en que se aborda la valoración de las ideas filosóficas de Ortega desde la misma filosofía, supone en el lector un conocimiento suficiente de la filosofía escolástica. Pero, ¿sería mucho pedir que en alguna edición posterior se desarrollaran esas ideas un poco más, con vistas a los que carecen, o tienen un conocimiento incompleto de esa filosofía? Un centenar de páginas más no sería mucho en un libro del carácter del presente, y ofrecería un panorama más sugestivo de la filosofía cristiana, hecho por quien mejor que nadie puede hacerlo actualmente en España.

El P. Ramírez comienza su libro declarando que ha sido escrito sin



pasión, y que espera sea leído sin apasionamiento. Lo primero es evidente para todos cuantos le conocemos, y sabemos que su mente preclara no se somete más que a la dulce presión de la verdad. En cuanto a lo segundo nos tememos un poco que su esperanza resulte fallida. No se puede tocar impunemente a ciertos ídolos predilectos de quienes por su parte no acostumbran abdicar de la prerogativa de someter al juicio de su propio tribunal todas y cada una de las demás filosofías. Pero ahí queda el libro, sujeto y lanzado a su vez a la discusión abierta. Como orientación para quienes quieran tener elementos de juicio como católicos para calibrar su posición ante las ideas orteguianas. Y también ofreciendo una magnífica ocasión a los que quieran presentar otras interpretaciones más exactas y objetivas del pensamiento orteguiano. Con la discusión abierta, y hasta noblemente apasionada, todos saldremos ganando en precisión y claridad de ideas. Y sobre todo saldrá ganando la verdad, que es lo que más importa.